

pura prisa por exponer, él exponía siempre con la pintura aún húmeda.

Algo de eso nos pasa a nosotros, ahora que somos demócratas, que, como la democracia la tenemos todavía un poco húmeda y mal colgada, estamos siempre entre el tinte y la casa de Socorro, pues tanto monta monta tanto que se me pegue la democracia a la manga del traje o que se me caiga encima con marco y todo, y luego, si me descalabro o el tinte me cobra extra, de demócrata que me he vuelto, me tenga que pagar daños y perjuicios a mí mismo, porque el individuo, o sea, el ser indivisible en latín (in-dividuus), no es indivisible en absoluto en la democracia occidental, cristiana o no. El individuo en Inglaterra, país democrático si los hay, es es-



LA RENOVACION DEL AÑO

LOS modernos, que son unos desdichados, suelen protestar contra las fiestas «convencionales» y decir que les parece una solemne tontería eso de tener que divertirse a toque de calendario, sea el 31 de diciembre o el 14 de marzo. Y es que, claro, tal como están hoy las cosas, tienen su atisbo de razón. Estamos triste y miserablemente sometidos a que el calendario no tenga nada que ver con nuestros deseos y nos caiga encima como una ducha de días desconsolados. En el bosque atroz de los números negros aparecen regularmente las cifras rojas del descanso laboral, el toque de campana para que el jornalero perro pauloviano babe la saliva de la «fiestecita» semanal y se ponga en forma para el currelo del día siguiente. Es horrible. Yo no sé cómo con tantos calendarios como hay de la Unión de Explosivos, nadie se decide a dinamitar el año... Sin embargo, parece que al principio la cosa no era así. Las fiestas no eran fiestas, porque lo decretaba el calendario, sino que el calendario era calendario, porque recensionaba las fiestas. La esencia del calendario es festiva, no laboral. Son las fiestas las que preceden y fijan las calendadas, no al revés como ahora. La fiesta era lo real, lo definitivo, el presente sin máscara; el trabajo —que inventó la previsión, el futuro y el pasado— sólo cobraba sentido como preámbulo de la fiesta. Se trabajaba como cuando se preparan canapés y sangría para el guateque... Me diréis que en esta idílica descripción ya se atisba, quizá inevitablemente, la sombría inversión posterior. Sí, ahora ya lo sabemos: pero no estaba tan mal pensado...

El calendario primigenio no era, sin embargo, ingenuo ni bobaliconamente optimista. También señalaba los días nefastos del año, qué conmemoraban el lado sombrío, lo demoníaco de la vida. Según Hesíodo, era día aciago el cinco de cada mes; hoy suelen ser los cinco últimos días del mes los que más nos preocupan... Los antiguos vivían atentos a la fiesta y a la desdicha, es decir, a lo que sumerge sin rodeos en el presente. Se interesaban por aquello que, en el tiempo, anula el transcurso del tiempo mismo. La fiesta de renovación del año era una gozosa y esforzada reconquista del presente, de la intensa y única verdad del presente. Hoy, el año se renueva sin nuestra ayuda; la convención abstracta funciona sola, muy a nuestro pesar. Los días son iguales como los latidos del metrónomo, como el ritmo que marca el tambor del capataz de la galera... Como ya no se consienten fiestas, sólo nos queda esperar que la desgracia tenga a bien romper nuestra monotonía. Con la boca abierta por un perpetuo y desdichado bostezo, esperamos que la convención que nos vive nos haga algún regalo convencional que nos alivie de que todo siga igual: ¡que nos den algo, por favor: un crecepelo, matrimonio o democracia! ¡Que nos den la amnistía del año nuevo! ¡Que nos indulten del tiempo! ■

SAVATER

trictamente «dividuo», o sea que se puede dividir no ya en dos, sino en lo que haga falta. Todo es cuestión de crearse compartimentos estancos en la mente y cuidar de que no haya goteras de uno en otro, o, si las hay, que no se entere nadie; así el «dividuo» democrático occidental llega incluso a creérselo a sí mismo.

Claro que aún es temprano para poner en los comicios hispánicos letreros que adviertan: «¡Cuidado con la democracia!», entre otras razones porque todavía no hay comicios, vulgo elecciones; éstas son palabras, de paso sea dicho, que, aunque poco usuales ahora, cualquier hispánico de carrasclás entendería perfectamente: entre comicios y lecciones, la verdad, él no sabría qué elegir, dependería del menú en el primer caso y del programa en el segundo.

Aquí de lo que se trata es de que la gente cambie de ruta pero no de vehículo: «¿Qué te importa a dónde vas?», le dijo Julio César al barquero, «¡llevas a César!». Esta es la letra que mejor le va a cualquier música de nuestro actual folklore político. Tu, tranquilo, mientras lleves a César, vivo o muerto ■ **PARDO.**

SE VA A HUNDIR LA ITT

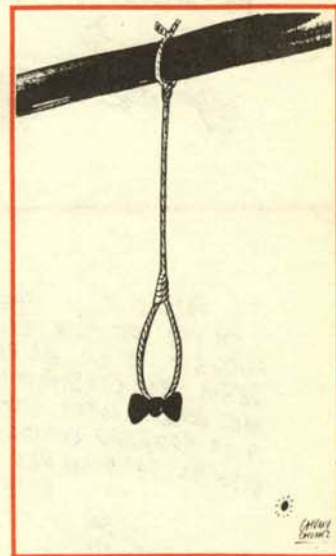
Esto sí que no nos lo esperábamos. La ITT, tan poderosa. La ITT, tan anuncios a doble página que si protegemos a la infancia, que si plantamos flores, que si estamos en todo. La ITT, que alirongo, alirongo, alirongo, un gobierno que me quite y que me ponga. La ITT, tan Pinochet.

Pues se acabó. Ni un golpe de estado más. Ni un sólo programador dedicado a establecer ritmos racionales de fusilamiento.

La ITT se va al garete. Lo ha dicho el jefe de Standard-ITT con motivo de las negociaciones del convenio: «Las exigencias económicas de los trabajadores hundirán a la empresa.»

Y no es sólo eso. La empresa «lamenta los ataques inadmisibles que ha recibido contra su dignidad». O sea, que ahora es verdad. Se hunde. Siempre se ha dicho que una empresa busca el beneficio. Pero Standard-ITT, no. Tiene una cosa hidalga, precapitalista: sentido del honor. Una empresa que lanza el guante al insolente rostro del ofensor: «elija las armas y envíeme sus padrinos». ¡Yupiiiiiii! Seguro que se hunde. Mira que no saber que las sociedades anónimas no tienen corazón. ¡Uhuuuuu! Luego dicen lo que dicen de las multinacionales: son menos científicas que los ensayos de Fernández de la Mora.

El anacronismo es total: «las exigencias económicas que se plantean hundirán a la empresa y



con ella a las 20.000 familias que la componen». Mira que no saber que las empresas las componen los accionistas y no las familias. La legislación laboral habla de «La Empresa» y de «El Trabajador». También habla de «la autoridad laboral» (que es la empresa). Lo de las familias debe venir en otra parte. Debe venir en los anuncios a doble página. ¿Cuántas familias hay en Chile? ¿Qué han pintado hasta ahora las 20.000 familias españolas de sus obreros en Standard-ITT? Pero bueno, ¿a qué viene esto? ¿Cuándo fue el último desalojo de Consejo de Administración, que me falla la memoria?

Desde luego, al paso que lleva, Standard-ITT se hunde. Confundir el capitalismo multinacional con los discursos de Peralta España, es un error gravísimo que no puede dejar de tener nefastas consecuencias. ■ **RECOLETOS.**